

El viaje de Kiadi

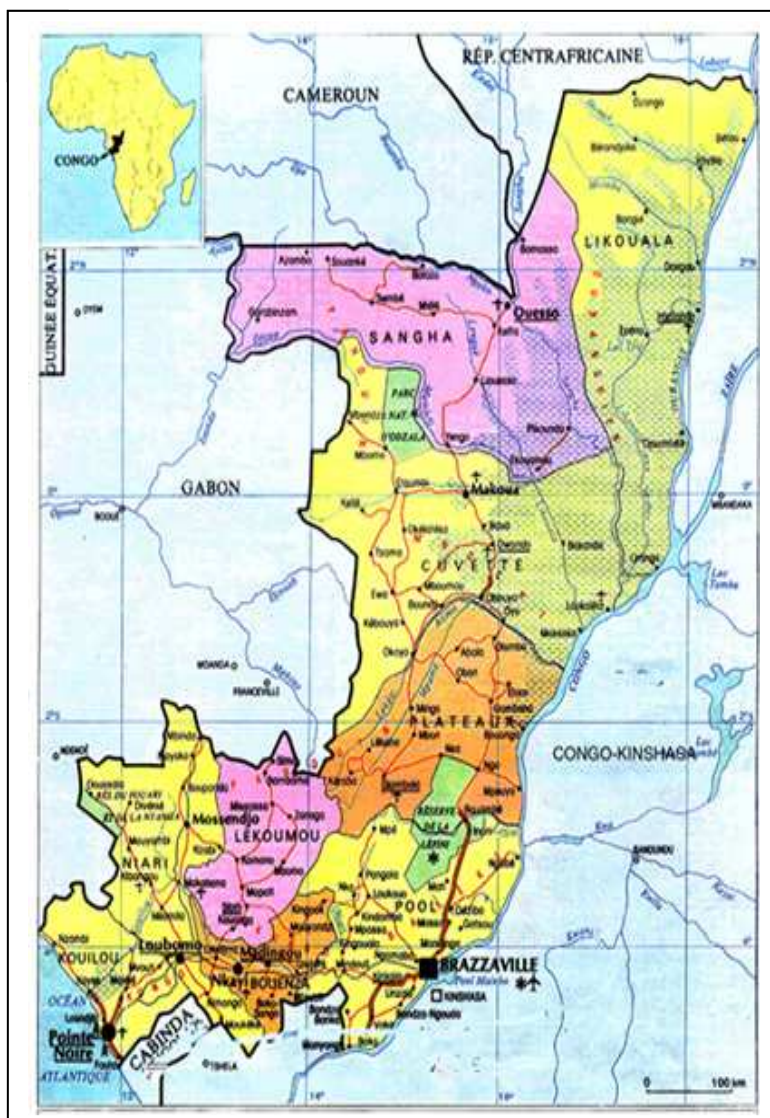
(relatos de un joven congoleño recogidos por Xabier Zabalo del Centro Ellacuria)

Se llama Kiadi y tiene ahora unos 34 años. Su viaje duró dos años. Un viaje caótico, indescriptible que me propongo relatar en estas líneas, poco a poco, en pequeños capítulos. Está casado y es padre de dos niñas (luego he sabido que este escenario lo inventó para tener un status en la sociedad durante el viaje: no está casado, no tiene hijos y tampoco 34 años, sino 30). Oscuros estudios de bachiller y luego entra en la guardia civil congoleña y su trabajo consistirá durante siete años en la vigilancia del puerto de Matadi (el único puerto que tiene Congo Kinshasa en el océano Atlántico). Es más o menos en esa época cuando la idea de venir a Europa comienza insistentemente a poblar sus pensamientos y sus sueños. Todo ello alimentado, claro está, por las cartas que le envían desde Europa. Para él, el Congo no tiene ningún porvenir, porque la corrupción y el desorden se han adueñado del país. Además, tiene una idea fija: ¡no puede confiar en el hombre negro! El que puede procurarle algo que merezca la pena es el hombre blanco, en quien confía ciegamente. Esta idea, por surrealista que parezca, empieza a tomar forma. Con el dinero que gana, más o menos honradamente, en el puerto de Matadi, va haciendo un dinero. Cuando termina su trabajo en Matadi, tiene 1500 \$ en manos. Llega a Kinshasa y, junto con otros amigos, se hace miembro de la PIR (policía de intervención rápida). La decisión de ir a Europa está ya prácticamente tomada. Todos los contactos, las direcciones, los números de teléfono necesarios para un viaje de tal calibre están ya tomados, pero la ocasión se presenta el día en que sus superiores militares les ordenan ir a combatir al Norte (el pueblo del difunto Presidente Mobutu. En estos momentos hay guerra en el Congo entre las fuerzas del gobierno y los rebeldes). No tienen ganas de perder la vida por una guerra que carece de sentido para ellos. Así pues, los cuatro PIR, deciden marcharse, ir al «exilio», desertar, en búsqueda de la «vida». Para ello dejan a sus mujeres e hijos, con la promesa que,

cuando puedan, los llamarán para que vengan a Europa. En el caso concreto de Kiadi no tiene gran problema pues es soltero.

Primera Etapa : Kinshasa – Ouessou (Congo Brazzaville)

En este mapa del Congo Brazza, se ve arriba a la izquierda uno de África con el Congo (ex-francés) en negro. La expedición sale de Kinshasa y atraviesa el río Congo en dirección de Brazzaville la capital del país vecino, que está en frente. Luego tendrán que remontar el gran río hasta encontrar el afluente Sangha que también deberán remontar hasta Ouessou.



El primer problema al que se tienen que enfrentar los “viajeros” es atravesar el río sin caer en las manos de los soldados de los dos Congos. Para ello tienen un método. Se presentan en el puerto de Ndolo (Kinshasa) con uniforme militar, pero por debajo llevan ropa civil. Como son soldados no se les hace mucho problema puesto que van a una isla congoleña que está en medio del río. Lo único que tienen que hacer es pagar 10 \$ por cabeza (no olvides que el río tiene varios kilómetros

de ancho entre las dos capitales). Durante el trayecto estos bravos soldados o *policías de intervención rápida* se quitan los uniformes, en un gesto disimulado y rápido, los echan al río y se convierten en

“honrados civiles”. Llegando a la isla ya como clandestinos “normales” pagan 30\$ a los soldados de la guarnición y continúan la singladura hacia Brazzaville. Todo esto en plena noche.

Una vez en Brazzaville, capital del Congo ex-francés, en posesión de sus documentos del Congo Kinshasa (probablemente falsos) buscan un hotel donde pasar la noche. Es la primera vez que salen del Congo Kinshasa y sienten ya el peso de vivir sin las facilidades que da la propia tierra, pero están muy lejos de imaginar lo que les espera en los meses que vienen.

Al día siguiente se ponen en busca de compatriotas. La solidaridad es algo que se palpa en el extranjero. Los Congoleños de Kinshasa que residen en Brazza les hablan con más precisiones de algo que ellos ya sabían: la existencia de unos barcos (más bien gabarras) que, llenos de comerciantes, hacen el camino de Brazza a Ouessou (frontera del Congo Brazza con el Camerún cfr. carta geográfica). Hay también barcos que suben el río por el lado de Kinshasa, pero a éstos les interesa, como es fácil de adivinar, el país vecino, porque son desertores. Es un trayecto de 3 semanas y el coste del billete 30\$. Como no tienen los documentos en regla se ponen de acuerdo con el propietario de uno de esos barcos para que les tome como trabajadores (limpieza, mantenimiento del motor, coger leña en la selva). Dos días después están ya en camino.

Resulta que el propietario es un Congoleño de Kinshasa, hijo o sobrino de uno de los grandes barones del régimen de Mobutu quien le dejó este barco. Le dicen: “toma este dinero, no tenemos documentos, ya sabrás cómo hacernos pasar en cada control militar”. Y así lo hacen. El procedimiento es sencillo: el patrón les hace bajar, cada vez, a tierra firme como miembros de sus « marinos » y les deja sentados tranquilamente en algún sitio, para que los militares puedan hacer el control. Hay en el barco muchos comerciantes con sus mercancías que pagan *religiosamente* su “derecho a pasar”. De hecho lo tienen calculado en el precio de venta (en Ouessou venden lo que llevan y compran cosas del Camerún que luego venderán en Brazzaville ajustando los precios en función del número de “peajes”). También hay gente que se desplaza por razones personales, familiares. Luego están los irregulares, entre ellos nuestros amigos.

Los soldados terminan el trabajo de *control* y se retiran. Pero nuestro aguerrido capitán de barco tiene todavía cosas que hacer. En cada puesto de control hay siempre algunos Kinois (habitantes de Kinshasa) retenidos desde hace varios días. Están esperando su llegada, desde que fueron desembarcados: algunos porque no tenían los documentos en regla, otros porque no tenían dinero para pagar el “peaje” (probablemente las mercancías que proponían a cambio no interesaban a los militares). El capitán paga lo que tiene que pagar y los embarca. Curiosa manera de viajar. Increíble paciencia y asombrosa solidaridad. Claro que la solidaridad es un tanto interesada pues el famoso capitán recuperará todo el dinero invertido más los intereses, ya sea con el trabajo manual de los “liberados” ya sea con el producto de la venta de las mercancías. Pues estos “liberados” tienen mercancías que vender en el Camerún. A su vuelta, en el viaje de regreso, pagarán su deuda.

¿Cómo viven estos viajeros durante este penoso viaje? Cuando, hacia el atardecer, la inmensa barcaza arriba, la gente sale para buscarse un lugar donde hacer sus necesidades y los nuestros que son « liberados » tienen que buscar leña y, a veces, en los pueblecitos, comprar comida, justo lo necesario para el día porque no se pueden conservar por el calor tórrido y no hay frigoríficos más que uno muy pequeño que se encuentra en el camarote del capitán (algunos barcos más grandes, sin embargo, tienen cámaras frías). Durante el día, Kiadi tiene con sus amigos bastante trabajo: arreglar los desperfectos del barco, limpiar la cubierta, buscar leña (como ya te he dicho). Es una relación bastante familiar la que se establece según un modelo de tipo feudal: ellos trabajan para el patrón a cambio de protección ante los innumerables controles militares a lo largo del camino y, de vez en cuando, comida bien preparada por la mujer del patrón que también viaja con él. Es una parte del viaje que tiene hasta su encanto, en medio de los peligros que afrontan.

Y así, día tras día, en tres semanas, llegan a Ouesso.

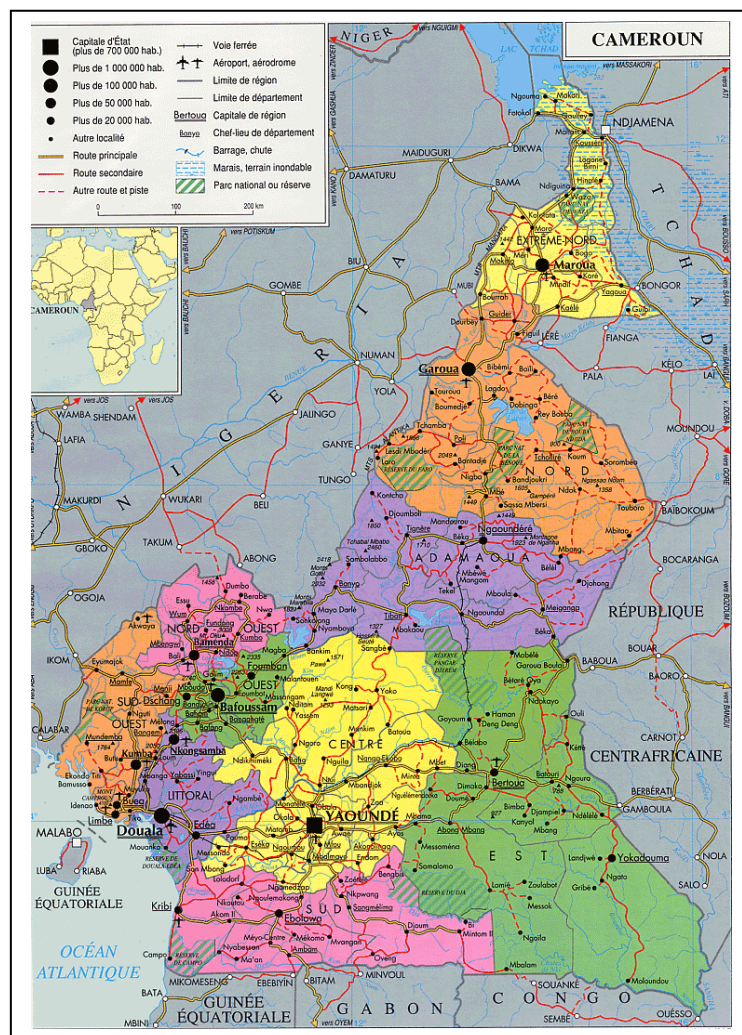
II Etapa: Entrada en el Camerún (A)

Entre el Congo Brazzaville, en Ouesso (que está en la parte baja del mapa en la parte izquierda) y el Camerún hay una frontera natural: un afluente del río Congo, llamado Sangha. De un lado Ouesso y del otro lado, a varios kilómetros, un puesto fronterizo. Aquí hay que ser listos

porque las dos fronteras están plagadas de militares.

Para que los soldados cameruneses no les vean y de acuerdo con el gerente de la barcaza, emplean esta táctica: se visten lo mejor que pueden y descienden del barco por la popa (único lugar que los soldados no ven) y se instalan en una piragua que el gerente ha contratado.

Así desembarcan en otro lugar de Ouesso en donde son recogidos por unos compatriotas que les albergan durante una semana. Necesitan ese



tiempo para procurarse documentos. Lo tienen que hacer en Duala (puerto sobre el Atlántico. No sé por qué no lo hacen en Yaoundé que es la capital). Ya tienen las direcciones necesarias. Encuentran dos compatriotas que por dinero les harán las gestiones. Se hacen las fotos en Ouesso y después de darles una cantidad de dinero (todo se paga y resulta relativamente fácil cuando se tienen algunos dólares) envían a los emisarios para conseguirles documentos de refugiados. Mientras

tanto hacen trabajos en el puerto cargando troncos de árboles (hay mucha actividad forestal. Las aguas de este afluente descienden troncos de las explotaciones forestales del norte) Esto les permite alimentarse sin tener que echar mano de las reservas que han podido conseguir para el viaje. Una semana después ya tienen los documentos emitidos por las autoridades camerunesas.

Ahora se trata de subirse al trasbordador (rumbo al Camerún) sin que se enteren los soldados y policías cameruneses. Para ello tienen otra estratagema. Consiste en alquilar los servicios de unos compatriotas congoleños que a su vez conocen a gente que tienen piraguas rápidas con motores fuera de borda. Les embarcan uno a uno, como si nada, en paseo turístico. El fin de estos paseillos es hacerlos subir a bordo por el lado que no está vigilado por los soldados. Una vez dentro toman posturas de pasajeros normales fumando despreocupadamente un cigarrillo, leyendo algo, hablando despreocupadamente. Tienen la suerte que hay mucha gente que viaja y así pasan más fácilmente desapercibidos.

El barco se pone en movimiento y algunas horas después llegan a un pueblecito fronterizo que se llama al parecer Sokambro (no puedo asegurar la exactitud de este nombre). Aquí de nuevo, problemas. Tienen documentos cameruneses pero tienen que probar a los soldados que vienen del Congo. No tienen más que mentir. Es el momento de explicar todo el guión que llevan preparado desde hace varios días (los viajeros, en este tipo de viajes tan arriesgados se pasan las horas hablando de los escollos del camino. Tanto los que *suben*, como los que *bajan* y los que se han quedado en el camino, no hablan prioritariamente más que de lo único que les preocupa: las dificultades de tal aventura. Es un tema inacabable de conversación y una manera extraordinariamente eficaz para conocer el difícil arte de viajar por África. Los otros temas pasan a segunda posición, si se exceptúa el tema por excelencia: las mujeres. Es bastante duro para los viajeros el separarse de sus mujeres o de sus ligues y aunque tienen mujeres fáciles en el camino, no pueden tampoco permitirse muchos gastos.).

El diálogo con los soldados es más o menos el siguiente

- ¿Como venís del Congo en este trasbordador con documentos de Duala?

- Vivimos en Duala desde hace varios meses.
- (Con sospecha) ¿Y el matasellos de la frontera?
- Pasamos un día en que no había control. Pero no íbamos al Congo, sino solamente a Ouesso donde un amigo nuestro había perdido su madre.

Me imagino que la conversación puede durar mucho más y que las mentiras tienen que ser de más en más audaces. De todas maneras el policía no cree nada, porque tampoco es tonto. Al final, por aburrimiento del agente (y porque sabe que algo ya le caerá en el cazo), logran pasar, pagando 50\$ para el visado de entrada al país y 10\$ para el matasellos de la frontera.

Dos miembros del grupo se arrugan porque no tienen bastante dinero para lo que se les avecina y quizás también por miedo. Se preparan para volverse a casa todo descorazonados (mucho dinero perdido) y humillados (fracaso ante los amigos).

No quedan más que tres en la aventura. ¿Tienen más coraje que los que se quedan en el camino o más dinero, o son unos insensatos? De todo un poco.

Estancia y travesía de Camerún (3º capítulo)

Una vez llegados a Sokambro (o como se llame), ya dentro de Camerún, donde habíamos dejado a Kiadi y sus dos amigos, se van a tomar el autobús en dirección a la ciudad de Yokodouma que está situada a unos 250 kilómetros de la frontera, hacia el norte. Esta ciudad es visitada por los turistas. Debe ser por sus elefantes. Tiene también una gran riqueza forestal, y además cacao y café. Las carreteras, en bastante mal estado, casi tan malo como las que nuestros amigos han conocido en el Congo.

Ya en Yokodouma, van directamente a una Parroquia Católica. Hay allí algunos sacerdotes de Kinshasa. Se trata probablemente de una Congregación religiosa internacional, pues hay también algunos religiosos blancos. Nuestros viajeros saben que allí hay un servicio Caritas y allí mismo se dirigen con resolución y además con una mentira ya preparada. Para ser ayudados por los sacerdotes de la misión tienen que ser viajeros que *vuelven al Congo*, si no, no hay ayuda. Tienen pues que convencer al responsable de la Misión Católica que vienen de Malí y que vuelven al país porque se les ha acabado el dinero. Lo esencial es conseguir algo para ir hacia Duala y continuar el camino. Y así durante horas y horas discuten con el Padre Superior que es blanco (los religiosos congoleños no quieren saber nada de estos asuntos. Ellos saben muy bien que todos los congoleños que pasan por los servicios de Caritas son candidatos para ir a Europa. Esta aventura que sus compatriotas están haciendo, arriesgando sus vidas, les angustia. O quizá les da un poco vergüenza ver a sus compatriotas con tanta mentira en la boca) Por su parte, el Superior, que tampoco es tonto, sabe perfectamente lo que quieren nuestros amigos. Por eso, y a pesar de las protestas indignadas de Kiadi y los suyos quiere comprar él mismo el billete de regreso. Horror y consternación: Esto destruye los planes de nuestros amigos que, como sabemos, quieren justamente lo contrario. Al final, con la paciencia que caracteriza a todo el que sufre y necesita ayuda, consiguen convencer al Superior o a agotarlo (no hay en el mundo nadie tan

tenaz como esta gente que lo ha sacrificado todo por llegar a Europa, vendiendo casas, poniendo además sus vidas en peligro). Les da 50 \$ por cabeza.

Kiadi dice a sus amigos: “Yo salgo ahora mismo. No quiero que me encuentren aquí mañana » Los amigos aceptan la proposición y se preparan para el camino. Saludan a un grupo de congoleños que se han quedado en la ciudad, a pesar de que habían recibido también dinero de los religiosos, y que probablemente lo habían malgastado.

La etapa siguiente es la ciudad de Bertoua. Son diez horas en autobús sobre una carretera repleta de controles militares. El pasajero, en cada control debe descender y abrir la maleta. El asunto se arregla con 2\$. Pero el último control es el más difícil porque se acercan a la ciudad. Allí no marcha la “operación 2\$”. Así que nuestros tres amigos ingresan en el calabozo por tenencia de pasaportes sospechosos. Durante una semana permanecen allí. Algún soldado les da la información que hay una parroquia católica no lejos de allí. Ya lo sabían desde hacía varios días. Pero sucede algo que les hace cambiar los planes: el Prefecto utiliza congoleños para sus construcciones. Viene a visitarlos a la cárcel y les saca de allí porque tiene necesidad de ellos para un trabajo. El suele decir: “el congoleño no se pelea ni vende droga, sólo es peligroso cuando se cabrea”. Ya fuera, van a alojarse en la casa de un “viejo congoleño” que lleva años trabajando para las autoridades. Su casa es diminuta con dos cuartos de dormir y una salita. Duermen con los niños en un cuarto y a la mañana siguiente comienzan a trabajar en una casa del Prefecto bajo la mirada atenta del viejo. Un poco más de una semana trabajan a las órdenes de ese hombre quien resulta ser un *kinois*¹ de Yolo en Kinshasa. Pero cuando terminan el trabajo no les paga nada. Ni un dólar. Lo malo es que no pueden protestar porque el siniestro personaje es amigo del Prefecto. Pero la situación es tan dura que al fin se deciden a hablarle seriamente. Le dicen que no pueden eternizarse en Bertoua y que se van a Douala, incluso sin dinero. El viejo se siente un poco avergonzado y finalmente les da algo para que se vayan. No quiere perder su reputación porque sabe que otros muchos congoleños pasarán por allí. La mano de obra está asegurada y además es barata.

¹ Kinois: habitante de “Kin” (Kinshasa)

Con el dinero recibido se van a la parada de autobuses para tomar un autobús para Yaoundé que es la capital política del país. Nueva dificultad: tienen que pasar por un control militar muy serio que se encuentra algunos metros más allá que la estación de autobuses. Este control tiene una particularidad que nuestros tres amigos van a aprovechar al máximo: los despachos están prácticamente pegados al autobús. Es decir que la puerta de entrada se abre delante de la puerta del autobús para que ningún viajero pueda escapar al control. Esto es precisamente lo que van a hacer dos de nuestros tres viajeros, utilizando una “técnica” que solamente se aprende cuando se está en “off side” perpetuo. Es como un sexto sentido que se desarrolla casi espontáneamente. Se trata de aprovecharse de esos segundos de inatención que tienen de vez en cuando los empleados de estos controles, por la fatiga, por el aburrimiento. Puedes imaginarte la tensión de estos momentos y la decisión « in extremis » que se tiene que tomar basándose solamente en consideraciones “psicológicas”. A cara o cruz. Y así consiguen “deslizarse” sin ser controlados y colocarse con el grupo de los que ya han pasado el control. No los tres. Dos de ellos solamente: El tercero no tiene la misma suerte y es detenido por los funcionarios militares. Siempre el mismo problema: documentos sospechosos. Ya sabían nuestros amigos que los documentos “comprados” en Ouessou en proveniencia de Douala eran bastante irregulares. Minutos después los viajeros son invitados a volver al autobús. Desde su asiento miran con tristeza al compañero que ha quedado en el despacho ocupado en mentir y mentir a las autoridades y que probablemente será expulsado del Camerún para quedarse algún tiempo en Ouessou hasta reunir la cantidad de dinero necesaria para intentar de nuevo la operación. No se saludan, sería demasiado peligroso. En una aventura como ésta cada uno está a lo suyo y no hay lugar para los sentimientos. Única preocupación y de talla: que el compañero desafortunado, por envidia o por despecho les denuncie. Pero no lo hace y nuestros dos amigos suspiran cuando el autobús se pone en movimiento.

El viaje hasta Yaoundé se hace sin problemas. 500 kms con algunos controles de poca intensidad. Unas 8 o 9 horas que Kiadi aprovecha para entrar en relación con una comerciante camerunesa de Douala.

Todas son bazas posibles en esta difícil aventura. Nuestro amigo sabe que esta mujer puede servirle mucho en Douala así que despliega toda una gama de cameleo y adulaciones que parecen gustar a la viajera. Por desgracia la mujer no va hasta Douala esta vez. Se queda en camino, pero le da a Kiadi su dirección, ¿con qué intenciones? Nunca lo sabremos. Lo cierto es que les paga a los dos amigos el viaje Yaounde – Douala, por compasión quizá o pensando en *futuras posibilidades* en Douala con Kiadi y su amigo.

Yaounde no es interesante para Kiadi. No hay casi congoleños. No se paran pues allí y cogen inmediatamente el autobús para Douala (viajando toda la noche y llegando de madrugada). Ya saben lo que tienen que hacer. Hay un barrio llamado “Dibongo” que es muy frecuentado por sus compatriotas y sobre todo un bar « Chez Kipwanza » donde los Congoleños de Kinshasa, los de Brazzaville y los Angolanos, así como todos los que aprecian la música congoleña, vienen a tomarse unas cervezas, un “*porrete*” y a charlar. Es también un lugar de paso obligado para poder establecer contactos interesantes para proseguir el camino.

Llegan a las once de la mañana a bordo de una moto – taxi. No hay nadie en el bar. La gente suele venir a la tarde. Toman una cerveza y cuentan sus miserias al camarero que también es “Zeda” es decir zaireño (« Z » de Zaire, nombre anterior del país). Vivía en Lemba un barrio de Kinshasa.

Hacia las 16`00h. comienzan a ver compatriotas y la cosa se pone más interesante, hay cerveza, bailoteo y sobre todo parloteo pero no encuentran a nadie que les pueda alojar. Cada uno ya tiene suficiente con sus propios problemas para ocuparse de los demás. Hay quienes llevan tiempo buscando una ocupación para ganar dinero y proseguir el viaje, otros esperan una ocasión para embarcarse de clandestinos o semi-clandestinos en el puerto de Douala, siempre en dirección de Europa (operación ésta muy arriesgada). Kiadi no tiene ningún pariente en Douala, ni amigo a quien dirigirse. Por eso había puesto tanto esmero en la relación con aquella comerciante camerunesa. Por fin encuentran un buen samaritano que les albergará algunos días

Y así, unos días en una casa, otros en otra, pasan ¡cinco meses! en Douala. Hacen el oficio de descargadores en los muelles y así van ahorrando algún dinerillo para el resto del viaje. Un día averiguan que Manda Mobutu, uno de los hijos del Mariscal muerto, suele pasar temporadas en Douala. Es accionista de la compañía aérea *Camair* y vive entre Camerún y África del Sur. A nuestros amigos no les queda más remedio que hacer de plantones en la puerta de *Camair* para esperar el momento *en que Manda Mobutu pasará*. Es la manera, la única, que los pobres de este mundo tienen para encontrar a un señor importante. Y así por fin un día le ven. Y gritan hacia él. Es su única solución. Se para y habla con ellos. Les dice que no lleva dinero en el bolsillo (eso dicen siempre los adinerados y en parte se les comprende) y que tiene que irse a Johannesburgo pero que a la vuelta les dará una buena ayuda. Para no quedar mal saca 200\$ para los cinco. Y ya no le verán más. Pero el poco dinero se lo reparten y quedan muy agradecidos. ¡Si supieran la fortuna que se gasta el tipejo de marras en un solo viaje, se quedarían pasmados!

Entre tanto se han puesto en contacto por teléfono con los “Z” que están en Argelia para tener las últimas noticias de las vicisitudes del famoso camino de Europa. Hay que estar bien informado porque las cosas cambian continuamente y los itinerarios tienen que ser adaptados a las nuevas circunstancias. De ahí la importancia del teléfono. Hay que estar al “loro”.

Dos o tres días después cogen de nuevo el autobús para cruzar el Camerún en dirección de IKOM, que es una ciudad ya en Nigeria, frontera con Camerún.

IV Etapa: Nigeria.

Hoy nuestros amigos entran en Nigeria. País rico, enorme, el más poblado de África, con serios problemas de afrontamientos religiosos, riquísimo en petróleo y también en corrupción. Otro de los males es la esclavitud infantil que se extiende también por toda una serie de países vecinos, como el Benin, Togo, Costa de Marfil, Mali, etc.



En casi perfecto silencio, en el siglo XXI, hay por lo menos 27 millones de personas viviendo en situación de esclavitud en el planeta Tierra. Esta cifra cautelar es catalogada como insuficiente por muchos

Más de 30 niños cruzan la frontera entre Benín y Nigeria cada dos meses. De ellos, el 95% son niñas, la mitad menores de 15 años. El 45% de ellas nunca asistió a una escuela. En Lagos y en Abidjan (en Côte D'Ivoire) se han desarrollado prósperos mercados de niños esclavos, que ocasionalmente han llevado su mercancía hasta Europa, con el pretexto de que los niños van a participar en torneos deportivos o, en un caso, de que irían a una audiencia pública en el Vaticano, con el mismo Papa.

Ikom es un pueblo fronterizo en la región Cross River (pegando con Camerún). Creo que el nombre lo lleva de un río y de un grupo étnico. Parece que es uno de los centros más activos de la trata moderna de

esclavos. Hay “depósitos” donde se almacenan jóvenes, en sitios distintos según criterios lingüísticos (para que no puedan organizar la huida).

Todo esto, claro está no interesa ni a Kiadi ni a sus amigos. Bastantes problemas tienen para ocuparse de la moderna trata de esclavos.

Un gran puente sobre el río sirve de frontera. Después del puente, los despachos de aduana en donde hay que dejar 2 o 3 dólares cada vez. Es algo que se ha convertido en “legal”. Se hace además con extrema cortesía, sin ninguna violencia. Es el “derecho” de cada despachillo, por muy inútil que sea. Al final, por 10 \$, te ponen el timbre que acredita tu entrada en el país



Artesanos
de Ikom

Después de pasar por todas estas “formalidades”, Kiadi y sus dos amigos toman cada uno una moto taxi para ir a un pequeño pueblo en donde podrán coger un taxi, ya de cuatro ruedas, que les llevará a una pequeña ciudad donde hay parada de autobuses. Es un viaje largo el que tienen que empezar ahora, de más de mil kilómetros, en dirección de Kano, que lo harán en tres etapas, cambiando cada vez de autobús. Es curioso que estos viajeros que no conocen nada de inglés (francés bastante mal también, porque ninguno de los tres amigos ha superado el nivel de la escuela primaria) se paseen por tantos países y saliendo airoso.

Después de un viaje sin grandes problemas, aunque fatigoso, llegan a Kano cuando es ya de noche. Los amigos les han avisado que esta ciudad es peligrosa porque hay bastantes atracadores y quizá también por una cierta “xenofobia religiosa”. Lo que tienen que hacer es ir al puesto de policía que está en la parada de autobuses y pedir un lugar

para pasar la noche (todo esto es la información recibida en Douala y también la recibida desde Argelia, gracias a los teléfonos móviles). Y así lo hacen. Los policías les indican unos bancos al exterior de la comisaría, adosados al muro. Están cansados porque el último tramo ha durado más de cinco horas y les queda todavía tanto que recorrer... Entretanto, por gestos compran algo de comer y reponen fuerzas. Tampoco tienen que aprenderse el valor de las monedas de cada país: el dólar es el rey en estos países.



A la mañana siguiente un nuevo autobús en dirección a la frontera y luego la ciudad de Maradi, ya en Níger.

V Etapa: Travesía del Níger

Una vez pasada la frontera que separa Nigeria del Níger, nuestros amigos constatan con sorpresa que los soldados y los empleados de la aduana de este país no piden nada más que lo que está estipulado. Asombrados e incrédulos, van pasando esta gran frontera sin ningún problema y, ya con el timbre del Níger, en sus documentos, que les ha costado 30\$, toman un taxi que les lleva a Maradi, una ciudad que se encuentra a 10 o 20 kilómetros de la frontera.



Kiadi está impresionado de la cantidad de fumadores de marihuana en la ciudad de Maradi. Y eso que él no es una carmelita descalza en este consumo. En su salsa ante una asamblea de “porreros”... pues lleva muchos años a porro diario.

La próxima etapa es Agadez. Toman un autobús.



Agadez es la capital del Tenere, territorio de los Tuaregs. Este momento del viaje es muy importante, pues es en manos de estos nómadas que van a pasar los próximos días y es gracias al conocimiento extraordinario del desierto que tienen que podrán entrar en Argelia. Estos Tuaregs ya no se pasean en camellos, eso era antes. Algunos todavía lo hacen y sobre todo en las fiestas tradicionales que son muy vistosas. Sus medios de transporte son los Land-Rover y los camiones.



A las cuatro de la tarde toman el autobús en Maradi para Agadez. Este viaje se hará sobre todo durante la noche para llegar a Agadez a la madrugada del día siguiente.

Y en esta ciudad se topan con un personaje sorprendente, del que ya tenían noticia. Se llama Adamo y es nigeriano del Níger, claro, Tuareg, que conoce el Lingala; Le llaman el Embajador del Congo y ha aprendido el Lingala de los múltiples congoleños que van pasando por Agadez y que a veces tienen que quedarse en la ciudad bastante tiempo.

Este personaje pintoresco no tiene un gramo de altruismo. Vive de las “olas” de inmigrantes sub-saharianos que van pasando por la ciudad y ha montado muy bien su negocio. Aloja a todos los viajeros congoleños en su casa hasta que se organiza un transporte para pasar la frontera de Argelia.

Lo tiene bien organizado. Cuando se advierte una presencia extraña en la ciudad, la gente avisa a Adamo, quien viene en moto. Y los recoge uno por uno y les lleva a su casa que está en un pueblecito a las afueras de Agadez.

Algunos por miedo no aceptan y prefieren entenderse con otros transportistas.

Adamo ajusta un precio para sus huéspedes que no implica la comida. Los viajeros, ellos mismos se ocupan de su comida. Pueden pasar de una a dos semanas en la casa de Adamo. Se trata de tener un número suficiente de viajeros para tres o cuatro Land-Rover.

Kiadi constata que la ciudad de Agadez está llena de prostíbulos. “Las chicas son muy majas” dice admirado sin precisar si tuvo tiempo para “profundizar más en el tema”.

En el mercadillo comen por primera vez carne de camello. Ellos, que estaban acostumbrado a los “kamundele” de cabra o de vaca, especie de brochetas, encuentran apetitosas las de camello. Nuevas experiencias enriquecedoras.

En esta ciudad conocen Ganeses, Guineanos, Marfileños, Cameruneses y Congoleños de Brazzaville. Toda África subsahariana está presente en Agadez. A todos les gusta el camello, ¿qué remedio queda?

Cuando el número de viajeros es suficiente todo está preparado para la peligrosa aventura en dirección de Argelia. Dos rutas son posibles:

Una que va a Tamanrasset, que no les pide más que tres días de viaje, pero hay un terrible control militar y el número de “expulsados” es enorme.

Kiadi, con los datos de sus amigos de Argelia, escoge la ruta de Djanet, a pesar de las tres semanas de viaje por el desierto que tendrán que sufrir. Las ventajas: no hay controles militares hasta la llegada a destino, porque los Tuaregs saben esquivar a la patrullas.

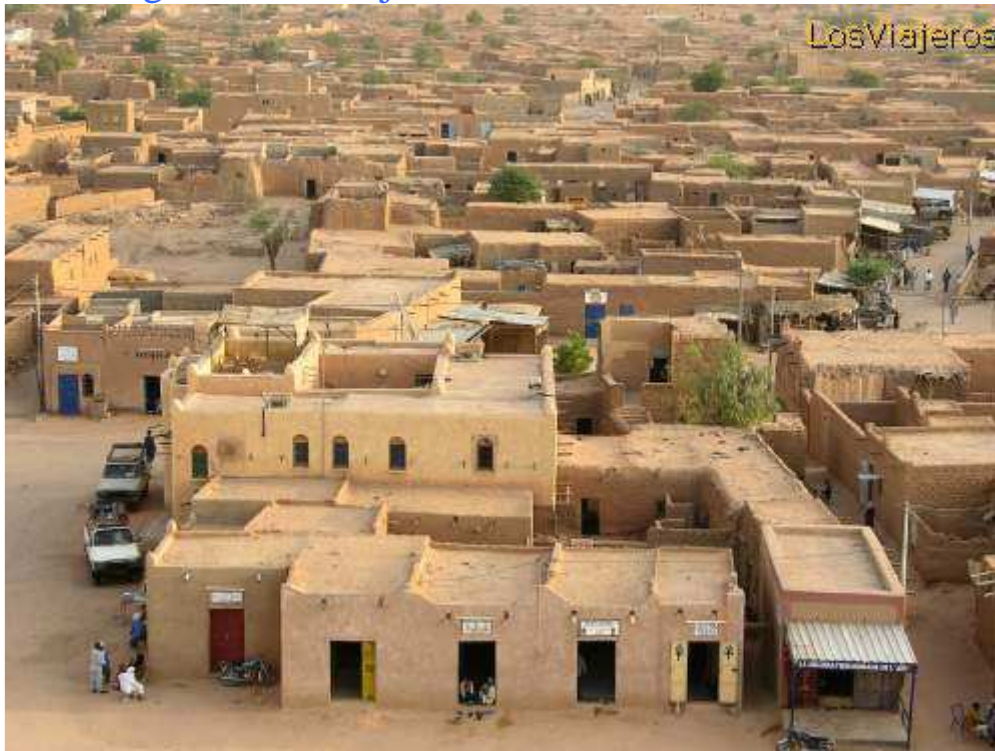
De hecho y a pesar de las ventajas de esta ruta, nuestros viajeros vivirán varias semanas en Argelia sin documentos. Cuando se tienen este viaje, de Agadez hasta Djanet, no tiene excesivos peligros. Se toma la ruta ordinaria y en dos días se llega a Djanet sin problemas.

Los problemas los tienen siempre los “sin papeles” y no porque no los hayan tenido nunca sino porque se deshacen de ellos cuando van acercándose a *zonas difíciles* para que no les puedan expulsar a sus países de origen.

Los Tuaregs saben esto perfectamente. Por eso escogen caminos que solo ellos conocen. En una semana llegan a la frontera y la pasan tranquilamente porque no hay puesto fronterizo. Algunos barrotes metálicos de tiempos más gloriosos muestran que están entrando en Argelia.

VI Etapa: Argelia

Nuestros amigos se ponen a preparar esta etapa que es bastante complicada. Se trata de salir de Níger y entrar en Argelia. Es decir, desde Agadez hasta Djanet.



Una vista de Agadez

Tramo duro. Uno de los más duros del gran viaje. Hay que conseguir provisiones para dos o tres semanas en el desierto. Kiadi sabe que el desierto mata y dice a sus camaradas: “no penséis ni por un momento contar con mis provisiones en el viaje. Organizad las cosas bien porque no pienso daros nada” Esto que parece egoísta por parte de Kiadi, lo es menos si se tiene en cuenta que él tampoco lleva más que lo necesario. El minimum vital. No tienen mucho dinero. Reservan el gran « paquete » para los últimos días. La última etapa es la más cara, como se verá más tarde.

Y los cuatro Land-Rover se lanzan al desierto. Y hacen, con las paradas de rigor y las acampadas nocturnas, una semana de viaje sin problemas. Un día, ya en la segunda semana, el chofer del primer

vehículo se para. Todo el convoy se para. Ha perdido el camino. ¿Mentira o verdad? Nunca se sabe con los Tuaregs. Quizá piensan que deben hacerlo suficientemente complicado para justificar el dinero que han pedido.

De todas maneras nuestros amigos, como no han estado nunca en el desierto, no pueden decir nada. Todo les parece tan extraño... Oyen al jefe de la expedición que les dice que preparen la comida, que se pongan a comer, que hay para rato. Los viajeros se desperezan y las mujeres empiezan a cocinar. Algunos hombres también lo hacen por su cuenta. Cada uno con sus provisiones.

Los chóferes, por su parte, y los ayudantes, con un pequeño tamborcito, hacen sus plegarias de encantación. Buscan ayuda para encontrar un buen camino. Para Kiadi, que les observa atentamente, estas prácticas no son muy diferentes de la brujería congoleña.

Al cabo de un cierto tiempo, pasablemente largo – el tiempo no cuenta en el desierto – los viajeros pueden de nuevo montar en los vehículos. Parece que la “plegaria” ha tenido consecuencias positivas. Esta segunda ronda va durar casi dos semanas.

Una noche, a las tres, los vehículos se paran. El jefe de la expedición pide a todos que desciendan. Les dice:

- La ciudad de Djanet está a cinco kilómetros. Id en línea recta, aunque tengáis que subir montañas. Pero mucha precaución cuando lleguéis a un kilómetro de la ciudad. Hay un campamento militar...
- ¿Y cómo haremos para entrar en la ciudad?
- Por pequeños grupos...

Así pues el grupo de unas cincuenta personas se pone en marcha, en pleno desierto, guiándose por las estrellas y muertos de miedo. Lo primero que constatan es que la distancia es de 10 o más kilómetros, puesto que les cuesta llegar. Están además muy cansados y hace mucho frío. Y así avanzan penosamente, Una pequeña montaña, otra más grande, siempre en línea recta, guiándose por las estrellas.

Algunos objetos abandonados por los soldados, como cargadores vacíos de Kalachnikov, viejas botas, alguna camisa militar en jirones, les advierten que están cerca del campamento militar. Y al asomarse a una cresta lo ven al fin con sus proyectores que barren las dunas. Se van acercando prudentemente teniendo cuidado de echarse al suelo cuando pasa el haz de luz. Entonces se levantan y corren hasta perder aliento y volverse a echarse el suelo porque vuelve el haz luminoso. Trabajo agotador y peligroso que hacen varias veces hasta que llegan a un terreno a donde no llegan los faros. Suben a un montículo y prosiguen la marcha hasta que llegan a la montaña que está al lado de Djanet. Ha amanecido ya. Ven la ciudad construida alrededor de un gran oasis, en el “parque de Tassili”² de casi 15.000 habitantes en pleno país Tuareg. Delante de ellos, separándoles de la ciudad un riachuelo bordeado por huertas.



Ciudad de Djanet. Al fondo, la montaña en la que se cobijaron nuestros amigos. Y todo ese verde, son los campos de cultivo

Esperan hasta la 1h00 del mediodía. En ese momento el muecín convoca desde el alminar a la oración. Al oír sus cantos la ciudad queda paralizada: Todos se ponen a rezar, incluso los militares.

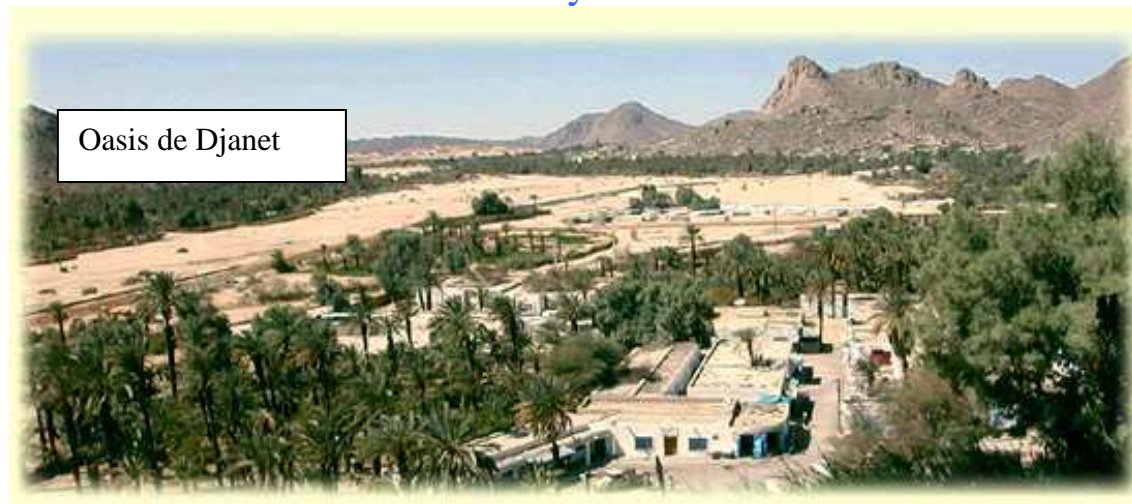
² Muy célebre por sus pinturas rupestres que remontan a varios milenios antes de C

Nuestros amigos descienden de la montaña con precaución, por pequeños grupos, bordeando el riachuelo. Aunque tienen mucha hambre no se atreven a robar ningún fruto de los árboles que ven. Tienen mucho miedo a los árabes. Saben que se juegan la vida. Llegan hasta el mercado de la ciudad. Ven muchas tiendas. No se lo esperaban. Y se ponen a buscar a compatriotas. Se sienten en terreno peligroso.

En Argelia (y II)

Habíamos dejado a los miembros de la expedición deslizándose sigilosamente por una ciudad musulmana en oración. Lo que buscan es un negro, una negra, alguien como ellos, un extranjero, que les pueda guiar hasta donde viven sus compatriotas. Porque siempre hay compatriotas. En los lugares más inesperados. Al fin, en una esquina del mercadillo desierto, encuentran a un congoleño que les conduce hasta los amigos. No quieren saber nada de los argelinos. Pero tampoco de los negros anglófonos que les parecen brutales, sobre todo los nigerianos. “Son demasiado violentos” dicen. Un a priori que se justifica por el hecho que no entienden el inglés, lo que crea barreras.

Este gran oasis de Djanet es una encrucijada entre los caminos que van hacia el Este (a Libia), y los que se dirigen al Norte, dentro de Argelia. No es fácil vivir en Djanet, porque los negros no musulmanes son fácilmente descubiertos y además no tienen documentos.



Hay mucha gente que vive de este transporte de irregulares. Saben que estos emigrantes, están en condiciones de inferioridad. No tienen documentos que puedan probar que han pasado la frontera en algún puesto fronterizo. Son cristianos además, lo que quiere decir que son, en cierto sentido, infieles que enseguida son descubiertos, porque no tienen los reflejos musulmanes. Los negros musulmanes lo tienen mejor. Se integran con naturalidad en las mezquitas a la hora de la oración. Otros se hacen pasar por musulmanes³. Se tienen que ocultar por lo tanto en algún sitio. Esta vez lo hacen en una casa destartalada y abandonada en la que vive un Kobo⁴

Temprano por la mañana dos o tres viajeros, por turnos, salen a comprar cosas para comer. Siempre es peligroso salir porque pueden caer en manos de la policía y atrapar uno o dos días (o más) de mazmorra. Las salidas más importantes las hacen por la noche, pero a veces, desesperados y aburridos, salen durante el día, poniendo en peligro el viaje. Así pasan dos semanas.

Una noche un Touareg viene a comunicarles que todo esta ya preparado y que saldrán a las 22h00. Destino: la ciudad de Illizi que está a tres o cuatro horas en vehículo. Parece que es una ciudad rica en gas natural y es allí donde están las famosas pinturas rupestres.



Y una ventaja, la más interesante para nuestros esforzados viajeros: de todas las ciudades de Argelia es la que menos expulsa a los extranjeros indocumentados.

³ La historia se repite. España conoce algo de esto con los judíos (marranos) y los musulmanes en tiempos pasados. Hoy en día también los cristianos que se convierten al Islam se llaman *muladíes*.

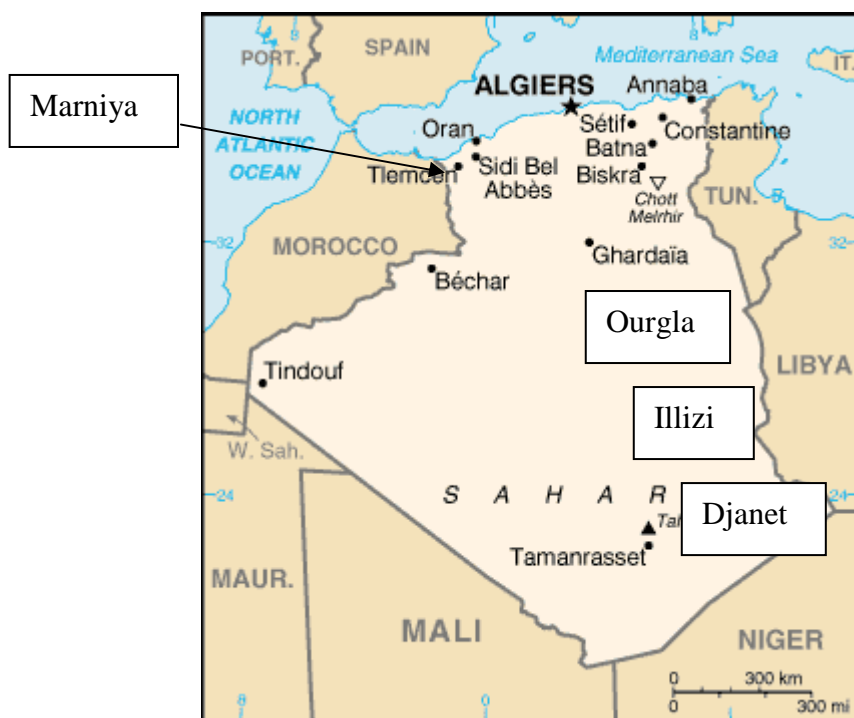
⁴ Nombre castizo dado por los Congoleños a todo sub-sahariano

Pagan 50 dólares por el viaje. Normalmente un viaje así no puede costar más de 15\$ pero hay tres controles militares de los que no se puede salir sin dejar algo. El Touareg, jefe de la expedición, es un desconocido para ellos, pero saben que pueden confiar en él, pues es así como se gana la vida. Si estropea el negocio, no tendrá ya más clientes. Es así de claro.

Pero Kiadi tiene que hacer algo importante. Buscar papeles *más o menos en orden*. Para ello se pone a buscar a un Maliense. Le han dicho que estas personas tienen siempre dos o tres pasaportes. ¿Verdad o mentira? El hecho es que se encuentra con uno que le vende un pasaporte por 30\$. Entonces nuestro amigo Kiadi se convierte en un tal Abu Bakar que no se parece nada a él, pero como los Magrebis no distinguen un negro de otro...

Kiadi está encantado porque por fin se ha convertido en “*un viajero con documentos*” Salen de noche. Los dos primeros controles los pasa sin problemas. Pero al tercer control, ya a 10 kilómetros de Illizi, un soldado más instruido, observa que los números de varias páginas del pasaporte son diferentes. “Eres un traficante” le dice y le lleva a la ciudad, donde entra en el calabozo. No es el único. En el autobús había varios con *cosas raras* en sus papeles. Varios pueden proseguir el camino pero Kiadi y dos o tres Nigerianos pasan una semana en la cárcel.

En el calabozo no lo pasan tan mal. Comen tres veces al día, tienen buenos catres y ven la Televisión. Y además es una semana de descanso que les viene muy bien, después de tanto ajetreo.



Pero están angustiados, porque no ven nada claro lo que estos policías van a hacer con ellos. El juez condena Kiadi a “*un an avec soursis*”. Eso es por lo menos lo que ha entendido Kiadi quien se pone a llorar de desesperación mientras es conducido al calabozo. Pero un Camerunés del calabozo, con más experiencia en estas lides, le dice que deje de llorar, que “*avec sursis*” quiere decir algo así como “con la sentencia en suspenso”

Kiadi no da crédito a lo que oye. Unas horas después sale a la calle. “No queremos verte más por aquí. Te damos 48 horas para desaparecer de Illizi” Kiadi acepta con gratitud las palabras del Juez pero ya en su cabeza tiene que resolver un problema urgente: documentos, necesita papeles. Los nigerianos se quedan en el calabozo.

Encuentra una pareja de compatriotas entre los “viajeros”. Se van al día siguiente hacia Argel. Le queda a Kiadi un día pues para poner en práctica su proyecto. Les pide prestado el documento y hace varias fotocopias de las que escoge la mejor. Luego con una sandalia de goma que encuentra en un basurero, y con una hoja de afeitar, corta un pedazo lo más redondo posible y empieza a imitar el matasello argelino de la frontera. Trabajo lento y difícil pues se trata de imitar en hueco-gravado y al revés un dibujo. Después con la tinta roja de un

bolígrafo va ensayando varias veces hasta que le parece que ha conseguido alguna semejanza con el documento originario. No está excesivamente contento pero eso es todo lo que puede hacer. Es peligroso porque la “vía normal” se puede convertir, en cualquier control militar, en una “vía bastante anormal”

Próxima etapa: Ouargla. Es una ciudad de casi medio millón de habitantes. Centro petrolero importante y, antiguamente un centro renombrado en el comercio del oro y de los esclavos. Sale de Illizi hacia las 17h00 y llega a Ouargla hacia las 9h00 de la mañana siguiente. Pasan 7 controles militares. Ya en Ouargla, solo esta vez, compra un billete para Orán. El viaje hasta Orán lo hace también de noche. Llega a la mañana y queda sorprendido por la belleza de la ciudad de Orán. Le parece que es buen signo y que se está aproximando al final del camino, a la salida del terrible túnel que no termina nunca. Pero no es su plan el hacer turismo. Su destino es Europa.

Tiene que buscar lo más pronto posible el pueblo de Marniya donde puede encontrar a muchos compatriotas. Pero por una razón u otra no lo consigue más que una semana más tarde. Así que tiene que vivir en Orán clandestinamente por decirlo así: Duerme en la estación de autobuses a partir de las 10 de la noche y solamente hasta las seis de la mañana para que no le coja la policía. No se puede lavar en ningún sitio y para hacer sus necesidades tiene que ir a algún bar. Esta vida de pordiosero le dura toda la semana. Al fin, encuentra el buen contacto y consigue un taxi de confianza que además está acostumbrado a este tipo de transportes medio clandestinos por esa carretera abandonada. Pero el taxista no le lleva hasta el mismo pueblo sino a unos dos o tres kilómetros. Se baja y hace el resto del viaje a pie.

Por fin llega al pueblo de Marniya. Es un lugar pintoresco en el que viven o malviven los viajeros en dirección de Europa esperando la oportunidad para “*dar el salto*”. Es un gran pueblo cosmopolita en donde se encuentran los ba-KOBO (aficanos negros, en Lingala). Allí viven en seguridad, lejos del desprecio o la desconfianza de los Argelinos: Malienses, Senegaleses, Togolesses, Ganeses, Marfileños, Guineanos de Conakry y de Bissau, Nigerianos, Cameruneses y,

¿cómo no? Congoleños de los dos Congo y Angoleños. Es una perfecta muestra del Africa subsahariana.

Hay bares, tiendas, hasta restaurantes, todo edificado en precario. Con bidones de hojalata y cartones. También hay albergues para los viajeros. Algunos se han instalado allí de manera definitiva ya sea porque no tienen dinero suficiente para el último tramo del viaje, o quizá porque tienen miedo de la última etapa en Marruecos de la que muchos hablan con terror.

Kiadi puede al fin lavarse y comer caliente. Le ha albergado un amigo de su barrio que está instalado en Marniya y ha puesto una pequeña tienda. A la mañana siguiente ya está planificando su última etapa.

VII Etapa: Marruecos (I)

Ante la peligrosísima etapa final de Marruecos, Kiadi empieza a entrar en contacto con algunos guías. Se trata de congoleños que ya están instalados en Marruecos y que tienen una experiencia extraordinaria de estos viajes, pues los han hecho muchas veces, sin contar la primera, que no llegó a cuajar, en el que ellos mismos eran candidatos para Europa.

El secreto de esta etapa es la clandestinidad la más absoluta. Lo que era ya en Argelia un problema serio, aquí se convierte en algo extraordinariamente complicado. Parece que la policía marroquí está en alerta perpetua, quizá por la presión internacional. Pero no se trata sólo de los servicios de seguridad. Hay también maleantes marroquíes, como veremos en el próximo capítulo, que se ganan la vida desvalijando a estos pobres viajeros.

Los 21 candidatos para esta peligrosa expedición, después de pagar cada uno 50 \$, se ponen en manos de sus guías. En el grupo se encuentra un Pastor, jefe de alguna Iglesia de esas que nacen como setas en Kinshasa y que después de ejercer su apostolado durante un cierto tiempo y reunir una cierta cantidad de dinero puede realizar al fin su sueño: ir a Europa. También hay dos parejas, una con dos niños, lo que complica el viaje. El resto, gente entre 20 y 35 años, en plena fuerza física:

Lo primero, pasar la frontera y llegar a Oujda, ya en Marruecos. A las once de la noche sale el grupo a pie. Cuando llegan a la frontera, tienen que tomar infinitas precauciones porque hay muchos soldados.



Después de haber jugado al “escondite” con ellos con bastante éxito, durante un cierto tiempo, al final son capturados todos. Los militares parecen tener un interés especial por las mujeres, lo que no contraría excesivamente a Kiadi. Piensa con bastante cinismo, que ellas tienen bastante experiencia para “satisfacer” a los militares y salvar así a toda la expedición. Quizá hubiera pensado de otra manera si alguna de ellas hubiera sido su mujer o una de sus hermanas. Curiosa y pragmática visión de las cosas las de un prófugo: “que cada uno se las arregle como pueda”.

Como cabía esperar, los maridos respectivos protestan con vehemencia. Así que todos son trasladados al puesto militar. Pero los militares siguen molestando a las mujeres. Y beben mucho, a pesar de ser musulmanes.

Y en este momento tiene lugar algo que me cuesta comprender. Los viajeros, aprovechando un momento de *distracción* de los soldados, se largan, dejando a las mujeres en el puesto militar. No comprendo cómo los maridos han podido hacer algo así. Aunque bien pensado... pero no, mejor es no pensarlo... es demasiado sórdido. Lo cierto es que treinta minutos más tarde los maridos vienen a rescatar a sus esposas. ¿Quiere esto decir que dejaron a los militares el tiempo suficiente para pudieran “dar cuenta” de ellas? De todas las maneras

éstas dicen que los militares no las han tocado. ¿Podrían haber dicho otra cosa? Una vez más la ley del más fuerte se ceba en las personas más débiles.

Reunidos de nuevo los viajeros ¿en qué estado anímico? con sus guías, toman unos taxis para llegar hasta Oujda.



Admiración ante las casas antiguas y las muchas mezquitas. Nubes de turistas viene a contemplar los viejos monumentos y el esplendor de la antigua ciudad. Fundada en el siglo X por Ziri Ben Attia, jefe de la tribu Maghraoua conservó la titularidad de capital de esta tribu-reino durante 80 años.

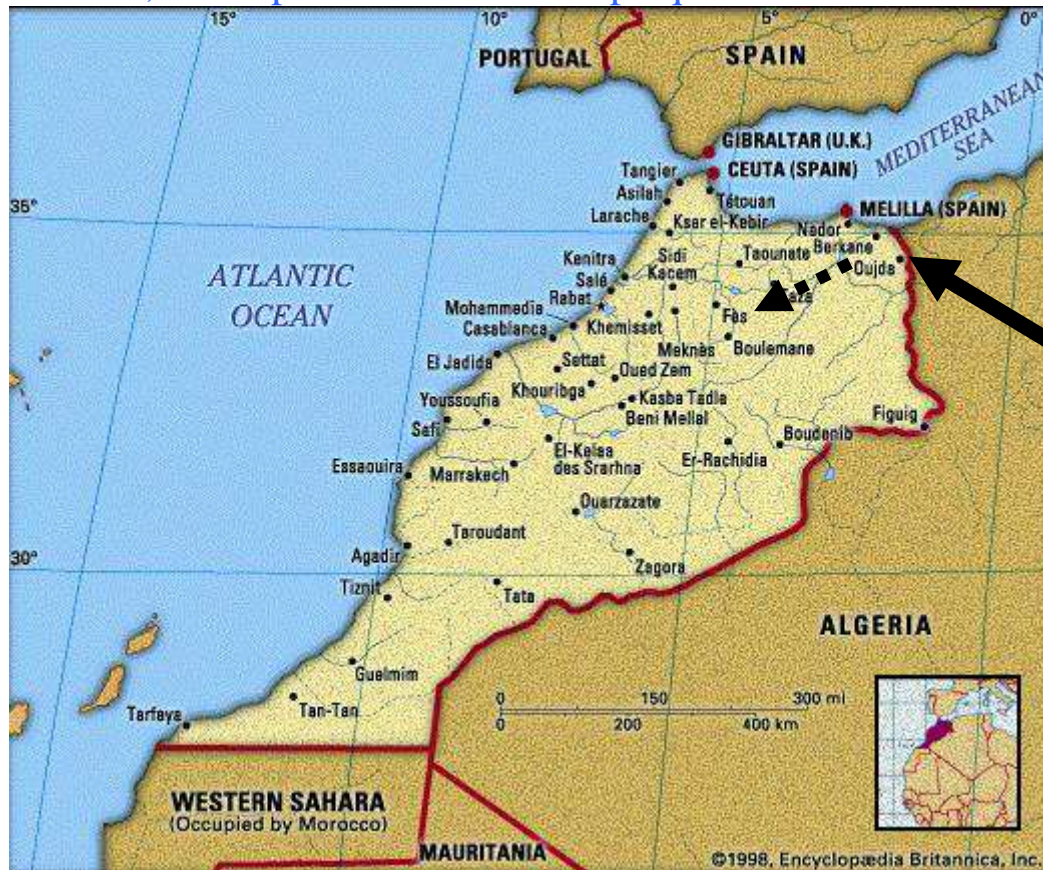
Las dinastías Almorávide y Almohade la tuvieron también como capital y la enriquecieron. Un rey en 1297, construyó nuevas murallas, una Kasbah, una mezquita y un palacio. Uno de los que más contribuyeron a darle esplendor fue el rey Moulay Ismail Rodeada de una bella región montañosa, Oujda se precia de tener un gran aflujo de turistas.



Pero nuestros pobres viajeros no tienen tiempo para pensar en estas lindezas. Problemas de mayor envergadura les esperan.

Marruecos y II

Después de esta traumática aventura con los policías de la frontera, los viajeros se reúnen de nuevo con los guías. Se montan en unos taxis y se dirigen hacia la ciudad de Oujda, que no está muy lejos de la frontera, como puedes ver en el mapa que te ofrezco



Kiadi, a pesar del miedo que tiene, no puede dejar de admirar la ciudad. Está llena de casas antiguas y de Mezquitas. También observa con envidia a los turistas que pasean despreocupados por las calles admirando los monumentos de la villa ¡Ya le gustaría a él ser como uno de ellos!

Fundada en el siglo X^o por Ziri Ben Attia, jefe de la tribu Magrarahoua, quedó como capital de su reino durante 80 años. Luego vinieron las dinastías Almorávide y Almohade que la enriquecieron con nuevas construcciones. El rey Abu Yusef reconstruyó la ciudad en 1297, con nuevas murallas, una Kasbah, una mezquita y un palacio. Otro gran artífice del progreso de esta ciudad fue Mulay Ismail. Construida en la llanura de Angad, está rodeada por una importante cadena montañosa.

Pero Kiadi tiene otros problemas en que ocuparse y desviando su mirada del matrimonio turista con sus dos hijos que está tomando un refresco en una terraza, su atención se concentra en la parada de taxis donde tienen que regatear el precio de un viaje hasta Akadem, pueblo cercano a Oujda desde donde los viajeros van a emprender su *grande marcha*.

Nuestros amigos no entran en el pueblo. Lo bordean y prosiguen el camino por una montaña vecina. Se ocultan en las grandes hierbas y en los túneles del tren. Si tienen que pedir o comprar agua, lo hacen, pero cuando terminan de beber se desplazan rápidamente del sitio en que estaban por razones de seguridad. Ni se lavan, ni tienen tiempo casi para dormir y así avanzan y avanzan durante la noche, y durante el día dormitan en los túneles del tren.

Kiadi no se acuerda haber pasado más miedo en su vida que en los túneles, cuando pasaban los trenes. Echados por tierra, sin moverse y no haciendo ningún gesto intempestivo que pueda asustar a los demás y producir una reacción de pánico que les haga incorporarse...

En cada túnel se repite la angustia una y otra vez. Pero van avanzando y saliendo de cada uno de ellos sin problemas mayores a excepción, claro está, de la angustia y el miedo que pasan. Lugar de destino: Fez.

La experiencia de tantos y tantos que han pasado antes que ellos, les dice que hay que desconfiar de todo el mundo. Por ejemplo hay quienes les proponen transporte en buenas condiciones. Ellos no aceptan. Porque saben que les pueden entregar a la policía. Pero a veces hacen la comedia de entenderse con los transportistas para un viaje nocturno y regateando mucho como si fuera de verdad. Pero cuando cae la tarde los viajeros ya se han ido a otro sitio.

Y así, trampeando van avanzando, durante tres semanas interminables de viaje. Siempre de noche y ocultándose de día, llegan a la ciudad de Fez. Y cerca de la vía del tren, que es para ellos un lugar seguro, acampan. Los guías bajan a la ciudad para aprovisionarse. Los viajeros se quedan en un túnel esperando. Pero a la caída de la tarde no han aparecido. Los viajeros se inquietan. Cualquier cosa les pone

en estado de alerta máxima. Así que dos o tres deciden ir a la ciudad para ver si pueden saber algo del paradero de los guías e intentar comprar algo de comida. Se visten con lo mejor que tienen. Es esencial dar buena impresión a los marroquíes, como si fueran estudiantes. La distancia hasta la ciudad es de más o menos una hora, siguiendo los raíles del ferrocarril. Llegan sin problemas y compran comida. No saben nada de los guías. Vuelven con provisiones para todos los viajeros.

Cuando están a unos cientos de metros del escondite que los viajeros han escogido, se encuentran con dos marroquíes, de aspecto sospechoso, de esos que viven atacando a los numerosos emigrantes que pasan por Marruecos en dirección de El Dorado europeo. Se inicia entonces una rapidísima operación que tiene por objeto intimidar a los tres muchachos. “En este país los bandidos emplean desde el comienzo la brutalidad, dice Kiadi. Tienen que demostrar lo más rápidamente posible que son los más fuertes y que tienes miedo de ellos”

Para demostrar esta técnica, que es tan vieja como el mundo, Kiadi recibe un cabezazo que le hace tambalearse y le deja aturdido. Trata de protestar pero recibe una cuchillada que le hiere en la mano. Uno de los Congoleños se escapa dejando a Kiadi y a su amigo en manos de los dos marroquíes armados. Sigue una serie de movimientos de autodefensa hasta que Kiadi consigue tirar por tierra a uno de los bandidos y hacerse con el puñal que se ha caído de las manos del marroquí. Lanza el puñal en dirección del otro y luego las piedras que encuentran en el suelo con bastante fortuna pues consiguen poner una distancia entre ellos y los perseguidores. Al fin, consiguen los dejan atrás y llegan al campamento en donde todos escuchan con horror el resto de la aventura que el compañero ya había empezado a contar, a su manera claro. Esto provoca un intercambio de insultos bastante considerable, pero no tienen tiempo para más. Tienen que huir. Este lugar está ya señalado. Ya sea los bandidos, ya sea la policía los encontrarían, Siguen pues la línea del tren varios kilómetros, pero está escrito que ese día lo iban a pasar mal.

Los dos bandidos, furiosos, con tres compañeros más les están esperando. Cuando nuestros amigos salen de un túnel se echan sobre ellos. Pánico total entre los viajeros. Es el “sálvese quien pueda” en medio de la noche. Y todos consiguen perderse en la oscuridad de la noche, todos menos una mujer a quien los bandidos consiguen atrapar. Los Congoleños a salvo se sienten a disgusto y humillados. Esta vez no van a hacer como en la frontera. Se dicen: “¿Cómo es posible que unos poco marroquíes puedan con un grupo más numeroso?”.

Deciden, esta vez, pasar al ataque. La humillación, la desesperación, las fatigas se unen para darles ese impulso que se necesita para hacer cosas arriesgadas. Y aunque cansados por tantas penalidades se lanzan al ataque y, con la fuerza que da la desesperación, consiguen dar a los bandidos una paliza memorable. Quedan todos maltrechos y retorciéndose de dolor por el suelo. Y nuestros amigos se retiran con el sentimiento de haber hecho su deber. A nadie le preocupa el estado en que han dejado a aquellos hombres. En Francés se dice: “A la guerre comme à la guerre”

Los guías llegan con taxis para llevarlos a casas de amigos y pasar la noche. Kiadi puede finalmente lavarse y curar su herida. Después come comida congoleña que alguna matrona de las que viven en Fez les ha preparado. Se sienten como náufragos rescatados por algún barco.



Un atardecer en Fez y la gran Mezquita



Kiadi y los viajeros van a pasar una semana en Fez. Hay que organizar con cuidado la anteúltima etapa.

A la mañana siguiente, nuestro amigo coge una maletilla de estudiante y se pasea por la ciudad pero no como turista sino para buscar a una persona que le puede llevar a un pueblo, Filbeek, que está a su vez muy cerca del pueblecito fronterizo que los sub saharianos han montado y desde el que parten a saltar las vallas de Ceuta o intentarlo por otros caminos como el que seguirá nuestro amigo Kiadi.

Etapa VIII: Llegada a España

Los estudiantes congoleños van a colaborar en esta expedición en taxi hasta el pueblecito fronterizo desde donde se hace el salto hasta España. Este tramo entre Fez y Felbeek está lleno de controles militares y hay que hacer lo posible para pasarlos sin problemas. Por eso en cada taxi un estudiante congoleño, por treinta dólares, se suma a la expedición. Y, sorprendentemente, esta parte del viaje se hace sin problemas. Y así llegan al parking de Filbeek. Pero el famoso campo de los inmigrantes se encuentra a unos 3 kilómetros del pueblo. Ese trayecto lo hace a pie y por fin llega a un sitio que le es familiar: un extraño y enorme pueblo lleno de negros y negras. Después de tantos días fuera de casa, fuera de sus costumbre, lengua, les parece que llegar a este pueblo es como llegar a casa.

Allí no hay ningún marroquí, todos son *sub-saharianos* como dicen púdicamente los europeos para no emplear el término *negro* que les parece “políticamente incorrecto”.

Hay allí gentes del Senegal, Malí, Togo, Costa de Marfil, Burkina Fasso, Nigeria, Ghana, Camerún, los dos Congo, Angola etc. Hay tiendas, hoteles, bares y más bares, todo ello construido con materiales miserables, como cartones, chapas, madera de cualquier procedencia. Y esos títulos típicos de los barrios populares de todas las ciudades de África: Gran Hotel de lujo, Hotel Hilton, Sheraton etc. Están solo a unos kilómetros de la frontera con Ceuta.



Kiadi y los amigos llegan y comienzan a explorar el barrio. No se va a cualquier sitio. Ya saben a donde tienen que ir. Hay barrios bien delimitados. El barrio de los Congoleños se reconoce enseguida por la música. Lo encuentran enseguida, evidentemente.

Saludan a la gente, encuentran a amigos de Kinshasa, se dan noticias de sus familias respectivas y luego el tema único: los sufrimientos del viaje y los que quedan hasta llegar a Europa. Kiadi encuentra un catre en el hotel “Hilton” y después de lavarse con parsimonia y comer un buen “fufu” (pan de mandioca) con el “pondu” tradicional (hojas de la mandioca piladas con algunos tropiezos) se acuesta y duerme casi instantáneamente.

A la mañana siguiente, ya está preparando el “salto final” a Europa, es decir a Ceuta. Esta operación la hará con un amigo. Es muy delicado y peligroso. Tienen la dirección de un marroquí que hacer la “operación por ¡700 \$ cada uno! Les parece exorbitante pero parece ser un precio que no se regatea.

Lo sabía, Kiadi, desde el principio de su viaje y había guardado celosamente ese dinero hasta este momento. Admirable previsión que sabe guardar un dinero precioso incluso en momentos de hambre y penuria.

Aceptan el trato, pero el dinero no lo dan. La deuda se liquida al final de la operación. Tampoco Kiadi comete el error de viajar con el dinero. Demasiado arriesgado. El Jefe del campamento congoleño guarda el dinero hasta que reciba una llamada telefónica de Kiadi diciendo: ya estamos en Ceuta. Ninguna confianza en los marroquíes. No se sabe nunca en manos de quién puedes caer...



En un primer plano el puerto de Ceuta. En el centro zona urbana y al fondo la costa Marroquí

Así pues, dos días después, la expedición comienza. Nuestros amigos tienen verdadero pánico porque no saben nadar, y hay que sumergirse en el mar.

Durante la noche nuestros amigos son conducidos por el experto nadador a una playa. Se despojan de los vestidos y visten una escafandra de submarinista que el “profesional” les procura. Con una angustia indecible se introducen en el agua. Tienen que hacer la “plancha” por primera vez en su vida y se dejan arrastrar por el nadador que les tiene amarrados por dos cuerdas. Todo es nuevo para ellos: la noche en el mar, las olas, el agua salada. No hacen más que rezar y rezar. Y así avanzan varias horas que les parece a nuestros “nadadores” una eternidad. Es una travesía que normalmente dura cuatro horas.

Se oye entonces el ruido de una motora: es la Guardia Civil. “Quedaros aquí, vuelvo enseguida” dice el marroquí y se sumerge. Nuestros amigos quedan aterrados. Pero el marroquí sabe que si los congoleños son cogidos en aguas españolas la policía les devuelve a Marruecos, pero él va a la cárcel seguro.

Los dos aprendices nadadores que flotan sin saber cómo, pasan veinte minutos de angustia. Al fin el marroquí reaparece. Sin decir una palabra, les acerca a la playa en donde hacen pie y se dirigen rápidamente a una zona rocosa en donde se desvisten completamente y se visten con ropa que los colaboradores de los “pasadores” habían dejado allí hacía unos instantes.

Luego, ya vestidos, salen de la zona rocosa y se dirigen a dos Land-Rover que les están esperando, el primero para inspeccionar el terreno el segundo para la “mercancía”, es decir los dos Congoleños. El destino: un convento de vedrunas que recogen a los inmigrantes.

Una pequeña puerta lateral en el jardín del convento se abre. Los coches se paran rápidamente y descienden los dos congoleños. Una monja les dice: “Acabáis de renacer hoy” y les mete apresuradamente dentro del convento. Pueden ducharse. Después, Kiadi telefonea al jefe de los congoleños para que pague el dinero convenido al nadador marroquí. Se pone a comer con paz, como solo la gente que come poco sabe hacer y al fin se mete en la cama y duerme doce horas seguidas.

Ya están en España, ya han realizado el gran sueño. Lo que venga después no es nada comparado con lo que han sufrido.



No saben lo que tienen que sufrir todavía durante largos años.

Pero ya están en Europa.

Nada detiene al pobre, nada es capaz de apagar el fuego de la esperanza que late en tantos corazones jóvenes.

Y así se termina esta historia.

Quedan muchísimas cosas que contar. Si se decidieran a escribirlas... algún día... quién sabe...